

# Atracción Vanguardista en El Galpón

**EL SUEÑO AMERICANO**, de Edward Albee. Trad. de Alberto Paredes. Dirección de Jorge Musto. Escenografía, vestuario y utilería de Carlos Pieri.

**LA ORQUESTA**, de Jean Anouilh. Traducción de Lidia de Lodrón. Dirección de Villanueva Casas. Escenografía y vestuario de Carmen Prieto. Iluminación de Lili Cosse y Carlos Lamaita. Sonidos de Mauricio Romanoff. Utilería de Francisco Jokerle. Selección musical de Enrique Almada y M. Romanoff. Elenco de El Galpón, en su sala propia.

La vanguardia ha llegado hasta El Galpón, y un poco timidamente, recurriendo a los egresados de su Escuela de Arte Dramático y a algunas figuras del elenco, ha conseguido presentar un espectáculo altamente atractivo, incitante y hasta regocijante, al que puedan quedarle cortas las quince funciones que se anuncian.

Dos obras recientes, las dos de calidad sostenida aunque en muy diferentes orientaciones estéticas, arman un programa llamativo, más que la temporada oficial del conjunto, y dan pretexto a un ejercicio de estilo renovado, todavía no suficientemente diestro y flexible, pero vivaz, agudo, original.

Quizás el público de El Galpón se sorprenda con la sórdida negrura del excelente acto de Anouilh y con el atemperado vanguardismo del espléndido de Albee, pero hechas las cuentas del balance, ambos dramaturgos están haciendo la severa crítica de la sociedad contemporánea mediante una nerviosa, renovada, instrumentación artística. Hay aquí una presencia tonificante del arte dramático moderno, que no tiene ninguna vinculación con el mero formalismo, sino que utiliza las nuevas formas para una agria denuncia de las condiciones de vida de un mundo sin ideales ni esperanzas.

Con *El sueño americano* el más talentoso de los nuevos dramaturgos norteamericanos ingresa cautamente a la vanguardia. Los recursos de que echa mano ya han sido utilizados y desarrollados con mayor vigor por la Escuela de París. Albee no pretende imitar simplemente los métodos de Ionesco o Becket sino que, con un criterio más realista, más apegado a la descripción y análisis de la sociedad en que vive, los utiliza como buenos conductores escénicos de su problemática más grave. En definitiva, ¿qué nos dice Albee? Detrás del juego, de la distorsión de los elementos dramáticos, lo que encontramos es la tradición del gran drama americano de crítica social: la pintura de un hogar del arrivismo, el drama de los viejos inservibles que se destinan a los asilos (recuérdese *El plato de madera de Morris*), a tragi-comedia de los ideales del joven sano y fuerte, el verdadero "sueño americano" que se revela como un impotente efebo, el drama de la ineficiencia burocrática. Todo esto, que pudo haber dado lugar a una tensa, violentísima requisitoria, con ese nervio dramático, agónico que desde *The zoo story* hasta *Who's afraid of Virginia Woolf* ha tipificado su genialidad dramática, aquí da lugar a la farsa mordaz, a la risa nerviosa, en definitiva a un grotesco.

La gran diferencia entre Albee y los vanguardistas del otro lado del Atlántico, radica en que al americano le duele profundamente la situación desolada del mundo en que vive, los falsos valores, el escepticismo, la falta de caridad, los ideales vacíos de una sociedad del derroche, y arremete contra todo eso con una risa trágica. El resultado es fascinante, aunque no sea causa de diversión. Una rebelión sin salida, una protesta que golpea el aire, un retorcimiento dramático, son las condiciones de este otro integrante, en última instancia, de la generación golpeada.

La versión de *El Galpón* se resiente de una general debilidad interpretativa. El esfuerzo de armado y de movilización de materiales dispuesto por Jorge Musto es convincente, está movido por una honestidad ponderable, pero no obtiene la vivacidad imprescindible de los actores, ese desgarrón afectivo que sacude a las criaturas de Albee y por la fuerza nos las transforma en parientes cercanos y molestos. De un elenco apagado, sobresale Ma. Elena Goltziño que sí bien debe

luchar infructuosamente para disimular sus años debajo de una estrepitosa peluca, consigue vivacidad interpretativa. Es asimismo destacable el trabajo de Norma Mautone impostado excesivamente sobre el tono de la farsa, como el de Estela Teixeira. Son papeles de gran responsabilidad y si las intérpretes no alcanzan su mayor virtud ello es debido a su escaso trato con la escena, pero no va en mengua del esfuerzo sostenido que debe reconocérsele.

La escenografía, vestuario y utilería de Carlos Pieri pudo haber sido más imaginativa y variada, sobre todo porque el contraste entre el excelente forillo y los restantes elementos es demasiado discordante.

Las debilidades de la versión de *El sueño americano* desaparecen en *La orquesta* de Anouilh, plenamente lograda por la dirección de Villanueva Cosse y por una interpretación más intensa, más apoyada sobre figuras con amplia experiencia teatral.

Otra vuelta de tuerca al mismo, obsesivo, desesperado tema de Anouilh y al mismo, trajinado, sugerente ambiente sobre el que ha construido varias piezas: la orquesta de señoritas en un mezquino ambiente de café pueblerino, aquí de estación balnearia de aguas medicinales. La sordidez y la mezquindad del ambiente, la poquedad de estas almas que parecen evaporadas por la desesperación erótica, las pequeñeces de lo cotidiano, las perversiones escondidas tras las fachadas burguesas. La situación dramática es excelente: mientras la orquesta toca sub-productos musicales del peor gusto, las conversaciones evidencian el resentimiento, la maldad chica, la desesperación amorosa, la neurosis, de un conjunto de seres vulgares, todo debajo de la sonrisa estereotipada que corresponde al artista en público.

En otras ocasiones Anouilh contrasta este mundillo sórdido con la radiante, excesiva pureza, de alguna o algunas criaturas (ejemplo Euridice) pero aquí se resuelve por el tono negro parejo lo que le permite la comicidad desenfrenada del ridículo. La Susana Delicias, loca de amor, es una neurótica, es una cursi y una criatura ridícula, aunque sus sentimientos parezcan verdaderos y la lleven al desenlace trágico. Ningún sentimiento de conmiseración: una carcajada algo inquieta, nada más.

La versión de "El Galpón" es de un ponderable nivel, distinguiéndose por la conjunción de los elementos en un buen rendimiento de equipo. En general está logrado el clima, la ambientación, los tipos humanos, y los actores articulan bien los distintos elementos con una interpretación farsesca. Dentro de ellos cabe destacar a Olga Cerviño, que fue capaz de dar el pie al ridículo pero a la vez ofrecer la estampa patética; a Norma Quijano en una solterona muy bien bocetada, en figura, voz, intención, con novedosa capacidad para la composición y la exactitud del tiempo escénico; Amalia Lons, luchando con dificultades de dicción, armoniza el conjunto.

El trabajo directivo de Villanueva Cosse es visible y de una precisión elogiada. Desde la presentación, a la usanza antigua, hasta el dominio rítmico del funcionamiento escénico y la marcación ajustada de los actores. La ambientación escenográfica de Carmen Prieto acompaña bien el conjunto, así como la selección musical de Almada y Romanoff.

El espectáculo no sólo merece verse sino que además asegura una diversión bien medida, con una corrección general que permite acceder a dos excelentes ejercicios dramáticos del teatro moderno.